

contienen de original y lo que tienen de común con las obras de los otros autores. Desde que el Renacimiento lo ha redescubierto, su acercamiento difiere bastante del que conocían los Padres de los siglos IV y V: Plotino, más solitario, capta imperiosamente la atención» (pp. 227-228).

Quizás la lección más importante de esta obra, breve y profunda, escrita por uno de los mejores conocedores de Plotino sea la llamada a la prudencia con que concluye: «Estas consideraciones sugieren la mayor prudencia con respecto a los puentes que se establecerían entre la cosmología teológica de las *Enéadas* y la patrística. Es peligroso atravesarlos en los dos sentidos: bien sea para exagerar el plotinismo de los Padres, bien sea en un exceso de *lectura cristiana* de Plotino» (p. 228).

L. F. Mateo-Seco

V. BATTAGLIA, *Gesù Crocifisso, Figlio di Dio*, («Spicilegium Pontificii Athenaei Antoniani» 30), Pontificium Athenaeum Antonianum, Roma 1991, 226 pp., 17 x 24.

Se trata de unas consideraciones teológicas que el A. inscribe en el ámbito de la teología de la cruz, entendida «en su sentido más amplio». Se trata, en consecuencia, de unas consideraciones en las que se pretende recoger la profundización en el misterio de la cruz que brota de la estructura estaurocéntrica del misterio cristiano (pp. 7-8). La advertencia de que el libro ha de considerarse como perteneciente al ámbito de la teología de la cruz entendida en su sentido más amplio orienta perfectamente al lector sobre lo que va a encontrar a lo largo de estas páginas: un trabajo teológico que toma a la cruz como centro de la consideración sobre

Dios, es decir, un trabajo teológico enmarcado en el convencimiento de que el rostro del crucificado es la suprema y definitiva revelación que Dios hace de Sí mismo al hombre.

El libro está dividido en cuatro capítulos, cuyos títulos son suficientemente elocuentes por sí mismos: 1. Jesús crucificado, icono de la gloria de Dios; 2. Jesús abandonado, el predilecto del Padre; 3. Jesús crucificado, icono del amor del Dios; 4. Jesús crucificado, culmen del éxtasis del Dios Trinitario.

Los títulos están elegidos con clara intencionalidad de significado. El del capítulo primero muestra ya la razón que movía al A. en su advertencia de que este trabajo se enmarca en una teología de la cruz tomada en sentido amplio. En efecto, aunque el libro está escrito con una decidida visión estaurocéntrica, nos encontramos bien lejos del espíritu con que Lutero definía su teología como *theologia crucis*, es decir, una teología contrapuesta a la *theologia gloriae* y, en consecuencia, hecha de disyunciones y rechazos, como se ha puesto de relieve, p. e., en las conocidas investigaciones de B. Gherardini y W. von Löwenich sobre las características de la *theologia crucis* luterana. El hecho de que el capítulo primero sea titulado con la afirmación de que el Crucificado —en cuanto crucificado— es icono de la gloria del Padre, nos advierte de que la visión de la cruz que nos presenta Battaglia es muy cercana a la que se hace en el Evangelio de San Juan, donde la crucifixión de Cristo es contemplada en su faceta de exaltación. Algunas páginas de este libro parecen eco de la dulzura que sabía imprimir San Buenaventura a su consideración de la vida de Cristo.

A la misma conclusión se llega con la titulación del capítulo segundo. El título evoca, por una parte, a Mt 26, 46 y Mc 15, 34, cuando Jesús grita en la cruz el comienzo del Salmo 22, hablan-

do a Dios de su *abandono*. Existe una larga historia, que ciertamente no es pacífica, en la interpretación de este pasaje y, más en concreto, en la dimensión que es necesario atribuir al abandono de Jesús en la cruz. Al igual que en el primer capítulo, Battaglia nos ofrece aquí un título con clara intencionalidad teológica: «Jesús abandonado, el predilecto del Padre». Es decir, el abandonado es, al mismo tiempo, el predilecto del Padre. Nada, pues, del rechazo ni de la maldición del Padre que Lutero creía ver en estas palabras pronunciadas por Jesús en la oscuridad del mediodía del primer viernes santo. De hecho en las páginas que el A. dedica a la consideración de Mt 26, 47 (pp. 95-102), Lutero ni siquiera es citado. Tampoco son citadas, p. e., las páginas que von Balthasar dedica a este asunto en *Mysterium Salutis*, donde su intelección de Mt 26 47 subraya considerablemente no sólo lo que el *abandono* de Jesús en la cruz tiene de experiencia mística, sino también lo que tiene de abandono por parte del Padre (cfr. *Mysterium Salutis*, III/II, Madrid 1969, 218-227).

En cierto sentido, la cuestión agitada en torno a esta palabra de Jesús en la cruz es aquí reconsiderada, entre otras muchas razones, porque el A. entiende que no se puede afirmar con toda seguridad que estas estas palabras fueran pronunciadas así por Jesús: «Aunque no se está en grado de decir una palabra definitiva sobre la historicidad del grito —afirma en la p. 96—, permanece indiscutible que la atribución a Cristo agonizante del Salmo 22, 2 representa la lectura más verdadera, hecha por la comunidad primitiva, de cuanto el Señor ha vivido en aquel momento». La conclusión del capítulo pone de relieve que en el mismo abandono de que se habla en Mt y Mc se está revelando al creyente que el abandonado es, al mismo tiempo, el predilecto

del Padre: «La presentación de la dimensión icónica del misterio de Cristo comenzada en el capítulo primero, ha adquirido en el curso de este segundo capítulo nuevos motivos de atendibilidad: la cruz se presenta últimamente en su peculiaridad irreductible de acontecimiento en el cual culmina la manifestación de la gloria de Jesús como Hijo Unigénito de Dios, enviado por Él y ofrecido al mundo en el Espíritu como el Predilecto, la propia imagen perfecta (...). La fe no minimiza, no niega, y mucho menos reniega de la humillación, el escándalo, el dolor que han marcado la pasión del Hijo de Dios hecho hombre; ella permite, en cambio, aceptarla íntegramente y, por tanto, aceptar íntegramente el escándalo de la cruz, abriendo así el camino para la consideración del misterio de Dios oculto en Él, pero oculto sólo para los ojos de quien no cree» (p. 102).

L. F. Mateo-Seco

J. BRIEND, *Dieu dans l'Écriture*, («Lectio Divina» 150), Ed. du Cerf, Paris 1992, 136 pp., 13, 5 x 21, 5.

Breve y sugerente libro dedicado a la revelación que Dios hace de Sí mismo en el Antiguo Testamento. Se recogen en él unas lecciones dadas por el A. en el Instituto Católico de París primero a laicos, y más tarde ampliadas para alumnos del II Ciclo de estudios eclesiológicos.

La estructura del libro es sencilla y, al mismo tiempo, de una gran coherencia. La primera parte gravita en torno a tres *teofanías* en momentos claves del Antiguo Testamento: la *experiencia* de Dios que reciben Elías, Moisés y Samuel. Se trata de momentos verdaderamente capitales en la revelación que Dios hace de Sí mismo y que marcan